

HABLADME EN ENTRANDO

DE: Tirso de Molina

PERSONAS

DON PEDRO DE BUSTOS	DON LUIS HURTADO DE MENDOZA
DON ALONSO	TORIBIA, LABRADORA
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA	LUCIA, CRIADA
JUANCHO, VIZCAINO	MENDO, VIEJO LABRADOR
DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA	SANCHO, SU HIJO
RODRIGUEZ, CRIADO	MUSICOS

ACTO PRIMERO

Escena Primera

Salen Don Pedro de Bustos y Don Alonso, su amigo, de noche, con Músicos, por una parte con un Criado con una escala, y por otra Don Diego Hurtado de Mendoza, de camino, con botas y espuelas y Juancho, vizcaino, cargado con el cojín y la maleta en la cabeza, ridiculamente vestido. Arrimanse a una parte, y mientras cantan vayan paseando el tablado don Pedro y Don Alonso.

MUSICOS: (Cantan.)
"Si no velaran mis ojos,
no celebraran las dichas
de los que durmiendo matan.
de los que matando hechizan.
Si no durmieran los tuyos.
glorificaran su vista
los palpitantes despojos
de las más seguras vidas.
¡Ay, ay, qué desdicha!
A quien mira su alma, deja sin vida."

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ALONSO: ¡Extraño recogimiento!
PEDRO: ¡Doña Ana, doña Ana!
DIEGO: Avisa. Juancho, al mozo que las mulas aleje donde escondidas aguarden y vente luego.
JUANCHO: ¿No las asas y las pringas: Aun no llegas, ya las tienes currucamientos?
DIEGO: Ves aprisa.
JUANCHO: ¿Tienes gana de comer? ¿Cómo no las necesitas? Juancho, matas holandesas y ya que piensas venias juras a Dios a matar holandeses del barriga. ¿Cantadoreas detienen? ¡Al diablo les das venida!
(Vase.)

Escena II

Dichos menos Juancho.

DIEGO: Ya que nos trujo la suerte cuanto piadosa propicia en tan dichosa ocasión, encumbramos esta esquina hasta ver de estos galanes el intento.
ALONSO: ¿Qué? ¿porfia la doncella?
PEDRO: Es de suerte, que regalos y caricias, dádivas que son de amor la mayor de artillería, pasando necesidades, no han bastado a persuadirla a que le niegue al honor lo que su sangre le dicta. Vengo resuelto...
DIEGO: (Aparte.) Esto es malo.
PEDRO: A escalar...
DIEGO: Función indigna de un pecho hidalgo.
PEDRO: Su casa, si piadosa no acredita con terneza los favores que me debe, pues me anima mi amor, mi agravio, la noche, no tener quien me lo impida por estar su hermano ausente en esta ocasión.
ALONSO: Pues mida tu gusto su voluntad, que a tu lado estoy.

80-104-41
25abrn/86.
5/11/89
2.0
SPS
KPS
SASAPW

Escena III

Sale JUANCHO, Dichos

- JUANCHO: Retiras mulas al mozo, la guardas en un callejón metidas, gruñes mozo, mulas dije no comen paja vizcaína, no sabe de burlas Juancho darle en coz en la barriga, confesión pides, bien puedes ser su confesor.
- DIEGO: No impidas con tus voces la ocasión que, piadoso, en mis desdichas me ofrece el cielo.
- ALONSO: ¿Mejor no fuera, si pretendía tal rompimiento tu amor, que, sin despertar vecinos, curiosos linceos de noche, parieros duendes de día, te valieses del silencio? Por qué la música avisa a los descuidados ojos y a la vecindad incita a curiosidad.
- PEDRO: No, primo; porque primero querría ver si puedo con ternezas, con música, con caricias, ablandar este imposible, dulce hechizo de mi vida, si me ofreciese esperanzas, más piadosa, más rendida, que entreniendo deseos paguen finezas debidas, iré engañando temores, y si en prudente porfía se resiste, atropellando respetos del oprimirla a que por fuerza mitigue mis pasiones.
- ALONSO: Pues prosiga tu gusto su intento.
- PEDRO: Canten, y a aqueste balcón te arrima para obligalla a que salga si se resistiera.
- DIEGO: Mira, Juancho, que no te divisen.
- JUANCHO: Juras a Dios que barriga tienes junto a puerta falsa y resuello que le quitas.
- MUSICOS: "Abre, pues, divina autora, esa oriental celosía, saldrá para el cielo el sol y para mi noche el día"
- PEDRO: ¡Ah doña Ana!, ¡ah dulce dueño! Abre, pues mi amor te anima.
- MUSICOS: "Rayos fulminan tus ojos que a un tiempo matan y miran. ¡Ay, ay!, qué desdicha: que a quien mira su alma deja sin vida"

Escena IV

Sale Doña Ana Hurtado de Mendoza a la ventana, Dichos.

- ANA: Caballeros, si lo sois, pudiera la cortesía moveros a no infamar los blasones que autorizan estas antiguas paredes que, aunque ausente vivifican los Hurtados de Mendoza, solar desta casa antigua. ¿Qué pretendéis desluciendo el honor que me acredita, a quien el sol presta rayos y a quien el cielo da envidias? ¿Qué fineza en mi habéis visto, que señales, qué premisas de mal nacidos deseos, de esperanzas mal perdidas? Caballeros que pretenden con apariencias fingidas, si pensáis que antiguos bandos y enemistades antiguas, han de amedrentar mi honor para que su fuerza os rinda, no debéis de haber mirado que alientan la sangre mía de los Hurtados Mendozas las no manchadas reliquias; idos luego de la calle, o por las luces divinas (que en escuadras mal formadas mis pretensiones animan), que en defensa de mi honor, que en mi pecho se acredita, rayos fulmine mi diestra, aborten mis ojos iras.
- JUANCHO: Dicho lo dicho, señora, firme como vizcaína: Juancho tiene, tente en buenas, Curtusca perra judía.
- (Va a salir, y DON DIEGO le detiene.)
- DIEGO: Juancho, detente, ¡Bien haya quien a los suyos imita!
- PEDRO: Ana hermosa; cánsate de ser esquiva con quien hoy se obliga a honrarte dándote para que vivas hacienda, no te resuelvas, y advierte que si porfías no estimando ofrecimientos ni acreditando caricias, que forzado del amor que mis deseos animan, alborotando memorias que muertos hoy resucitan, me arrojaré...
- ANA: ¿Cómo es eso?
- PEDRO: A que por fuerza...
- ANA: No digas razones que, imaginadas, ofenden antes que dichas, Tú has de atreverte a violar el solio donde autoriza mi castidad su pureza. mi virtud su esencia misma? ¿No te cansan altívecas? ¿no te ofenden demasías, que ocasionando a mi padre, le forzaron a que viva ausente, si ya no es muerto, dejando al tuyo sin vida por desmentirle?

- PEDRO: Doña Ana, esas memorias me animan; abre, o llegaré una escala, no tener reja el balcón.
- ANA: ¡Qué esto los cielos permitan! ¡Villano! ¿Con tal vileza pienza lavar el antigua mancha de tu casa?
- DIEGO: ¡Ah pesia!
- JUANCHO: ¿Qué pesía que te imaginas? ¿Qué le aguardas que no sales? y ¡zis, zas!
- PEDRO: Apercebida la traigo, llegadia aquí.
(Lléganda al balcón.)
- ALONSO: Abre, acaba.
- ANA: ¡Fementida canalla!, si no del suelo, del cielo guardo justicia.
- PEDRO: ¡Oh, pesia tanta paciencia!
(Sube DON PEDRO.)
- ANA: ¡Justicia, cielos!
- JUANCHO: ¡Maldita, ánima seas! ¡qué esperas?
(Sale JUANCHO y apártale DON DIEGO.)
- DIEGO: Quita, aparte, Bien podía, Baje acá, hidalgo, aunque miento; que quien con mujeres libra las venganzas de su espada tiene mucho de gallina
(Baja de la escalera.)
- Considerere que esta casa es, según tengo noticia, de un Hurtado de Mendoza a quien la fama acredita con valerosas hazañas; de quien si acaso se olvida, dará entera relación el luto de la capilla adonde su padre yace; mudo ejemplo que le avisa que no se atreva soberbio a derramar valentías con quien por mujer no tiene fuerzas para resistirlas. ¡Por cierto, brava facción; empresa honrosa y altiva; venganza bien satisfecha, y a poca costa adquirida! ¿Con una dama rigores? Mas no es mucho, ¡por mi vida!, que valientes de alfénique tomen venganzas de almíbar, Esta sí, ¡cuerpo de Dios!, era acción bien parecida, con propia sangre ganada y a estocadas adquirida, no con mujeres. Acaben, dejen la calle.
- ANA: ¿Hay tal dicha?
- PEDRO: Hombre o diablo, ¿quién te envía a que mi casa defiendas?
- DIEGO: Solo la razón me incita.
- JUANCHO: Señor, ¡zis, zas!
- PEDRO: Si eres loco, presto tendrá tu osadía el castigo con la muerte.
- ALONSO: ¡Matadle! ¡Muera!
(Embisten todos con él.)
- DIEGO: Oprimida la cólera por los ojos, ardientes rayos conspira, Diego Hurtado de Mendoza soy, canalla.
- ANA: ¡Hermano!
- DIEGO: Grita, que a castigar mis ofensas el mismo cielo me envía.
- PEDRO: ¡Muera, matadle!
- JUANCHO: ¡Zis, zas! ¡Muera esta perra judía!
(Métenlos a cuchilladas DON DIEGO y JUANCHO.)
- ANA: ¡Dios te libre!
- PEDRO: (Dentro.) ¡Muerto soy!
- ALONSO: Huyamos.
- CRIADO I: A la justicia llamen.

Escena V

Salen DON DIEGO y JUANCHO. Dichos

- JUANCHO: ¡Juras a Dios, liebres, si aguardas hago cecinas!
- DIEGO: Muerto queda.
- JUANCHO: Ya le mueres, patadas des en el Chinas; confites pides.

DIEGO: ¡Hermana!

ANA: Diego, ¿estás herido?

DIEGO: Aprisa, échate por esa escala.

ANA: Ya me arrojó.

JUANCHO: Escucha, mira; si tienes algo que comas, arroja.

ANA: No.

DIEGO: ¿Qué eso pidas?

JUANCHO: ¿Ni vino?

ANA: Tampoco.

JUANCHO: ¡El diablo juras Dios, que caminas!

DIEGO: Juancho: las mulas volando saca de León aprisa al camino de Rioseco.

JUANCHO: ¿En ayunas?

DIEGO: ¡Qué, ¿aún porfías?

JUANCHO: Lleva el diablo las muelas que tienes si no ejercitas.

(Vase.)

UNO: (Dentro.) Saquen luces a esas rejas.

OTRO: A don Pedro, ¡gran desdicha! HAN MUERTO.

OTRO: Por aquí van.

DIEGO: La confusa vocería nos cerca; ponte en mis brazos, que en la diligencia estriba nuestro remedio.

ANA: ¡Ay de mí! Hermano: salva tu vida, que yo no importo.

DIEGO: Acabemos.

(Cógela en brazos.)

¡Adiós, pues, ciudad antigua; adiós, casa solariega que mis pasados tenían por defensa, por sagrada que mi fortuna me obliga que deje vuestras paredes!

UNO: (Dentro) Por acá.

DIEGO: Mas si porfía Diego Hurtado de Mendoza, que sus blasones no olvida, clavará un clavo en su rueda porque pare en sus desdichas.

(Vanse.)

Escena VI

Salen DON LUIS HURTADO DE MENDOZA y RODRIGO, criado, y otros de camino: DON LUIS con hábito de CALATRAVA.

LUIS: Rodrigo: dile al cochero que por allí era mejor, que este es mal paso,

RODRIGO: Señor, sabe...

LUIS: Rodrigo, no quiero; déjame ver este campo que ha veinte años que dejé.

RODRIGO: La noche lo impide.

LUIS: A fe que a donde la planta estampo he venido más de dos veces a cazar, y allí divisó, si, ya la vi, la casa. ¡válgame Dios, cuánto me alegro de vella!, de placer de don Rodrigo, Fue mi verdadero amigo; todo el tiempo lo atropella, pues murió en la juventud de su edad, buen caballero, de cuya desdicha infiero que también en la quietud llega presto el ramalazo de la muerte. Este arroyuelo me ha servido de consuelo. Ya a León corto pedazo nos queda, no hay una lengua si ya no me acuerdo mal.

RODRIGO: Sabe, pues, que es arenal este pisamos.

LUIS: Tregua pone al cansancio el gozar destos árboles y fuentes, cuyas honradas corrientes aún no saben murmurar. Cuando pasé por aquí mis hijos, aun por criar, sin madre a quién apelar de mi ausencia, iba sin mí. La yegua que me llevaba dos mil veces maldecía. y al paso que ella corría mi corazón arrancaba, ¡Cuántas veces por los dos hijuelos quise volver! Y lo hiciera a no tener llegara del muerto, y al mismo punto su rostro helado y difunto recelé que me llamaba. Veinte años ha que partí desta ciudad, y otros tantos a mis desdichas nací. No he sabido de mi casa en este tiempo, y de mí no han sávido.

UNO: (Dentro) Por aquí.
OTRO: Seguidlos.
DIEGO: (Dentro.) ¡Ah, suerte escasa que me persigues!
LUIS: ¿Qué es esto?
RODRIGO: Como ya va amaneciendo, un hombre admiro corriendo, señor, hacia aqueste puesto.
LUIS: Voces distintas escucho.
OTRO: (Dentro.) Ataja: por aquí van.

Escena VII

Sale DON DIEGO con DOÑA ANA. Dichos

DIEGO: ¿Dónde, desdichas, irán mis pasos? Pero no es mucho, si de vosotras nací que me perigáis. ¿Qué es esto? En más peligro estoy puesto; ya la esperanza perdí.
ANA: Diego, procura librarte.
DIEGO: Sin tí, ¿cómo he de poder dejándote a perecer?
ANA: El corazón se me parte.
LUIS: ¿Quién va allá?
DIEGO: Un cuerpo sin alma a quien persigue la muerte, y como el alma le falta, aunque le mate, no muere. Mas, ¿quién lo pregunta?
LUIS: Un alma que a buscar su cuerpo vuelve, que ha días que le perdió y no vive hasta tenerle.
DIEGO: La risa de la mañana que solo en esto parece que me es el cielo propicio, ilustre señor, me advierte vuestro venerable aspecto; que aquesas sondas de vieve son el iris que bonanza a mis naufragios promete. Esa cruz que os cruza el pecho me anima, porque no puede pecho con tan nobles armas no ser piadoso y prudente. Soy noble, aquesta es mi hermana: mujer sabia, ilustre y fuerte, afrenta de las pasadas envidia delas presentes; en vos me atrevo a fiarla seguro que un noble siempre de honor favorece y honra a quien dél quiere valerse. Si vais a León, os pido que procuréis que no lleguen a vengarse mis contrarios con su infamia o con su muerte, metedla en un monasterio; si vais a otra parte, denme vuestros labios la noticia para que, si el cielo quiere librame, vaya a serviros.
LUIS: Caballero, tiempo es este en que no importan palabras; el rey me ha hecho mercedes, en premio de mis servicios, de que en Oviedo gobierne su distrito, y voy ahora a tomar posesión; quede por mi cuenta la opinión desta señora que en este punto la he constituido por mi hija, y aunque pese al mundo, la he de amparar aunque mil vi vidas perdiese, Con esto partid seguro; mirad que llega la gente.
DIEGO: Guárdeos el cielo.
LUIS: Acabad, avisadme a Oviedo.
DIEGO: Queden mis esperanzas con vos, que si el tiempo les concede a mis desdichas alivio, que me prodiguen y ofenden. Diego Hurtado de Mendoza pagará tantas mercedes.

(Vase.)

Escena VIII

Dichos, menos DON DIEGO

LUIS: ¿Cómo, cómo? Aguarda.
RODRIGO: Al viento en la ligereza excede.
LUIS: ¡Válgate Dios por rapaz lo que has crecido!
ANA: Que llegue a vuestros pies no os asombre quien ya por tu padre os tiene.

LUIS: Tomad, señora mis brazos. que, como padre, os ofrecen defenderos y serviros. ¿Cómo os llamáis?

ANA: Si mi suerte me hubiera dado ventura, de noble sangre decidiendo, Ana Hurtado de Mendoza.

LUIS: Ea, las lágrimas no pueden dejar de salir, Rodrigo, ve al punto que el coche espere y mete aquesta señora en él, y por que no lleguen a conocerla, un volante cubra su rostro, y advierte al cochero. Si llegasen a reconocer, que siempre digo que es doña Ana mi hija y que al camino atraviere de Oviedo, que no he de entrar ya en León.

ANA: El cielo aumente tu vida.

RODRIGO: Vamos, señora. ¡Confuso voy!

(Vase DOÑA ANA y RODRIGO)

Escena IX

DON LUIS, solo.

LUIS: ¿Que me quieres, fortuna?, ¿cómo dispones mis desdichas desta suerte? ¿Cuándo pensé que venía entre los brazos alegres de mis hijos, los apartas de mis ojos y previenes otras mayores desdichas? Cansate ya de ofenderme, Bien me pareció el rapaz, alentado es y valiente, es hijo de buena madre. ¿Que le obligará que deje su casa? ¡Qué confusión! Dios te libre y Dios te lleve a mis ojos. La rapaza es como un oro y parece varonil ¡Dios me la guarde!

UNO: (Dentro) Ataja, que ya está cerca.

OTROS: Por aquí, por aquí.

Escena X

Sale JUANCHO, con dos frenos y la espada desnuda. Dichos.

JAUNCHO: Llevas el diablo quien tanto corres.

LUIS: ¿Quién va alla?

JAUNCHO: Un hombre que tienes mucha gana de comer y menos de que le cuelgues.

LUIS: ¿De quién huyes?

JUANCHO: De gallinas plumas escribanos tienes, garras tienes alguaciles, alones tienes corchetes, y cuerpo tienes soplonos, mulas quitas lo que sientes el freno arranco y les dejo sin timón que les gobierne. ¿Tiénele pan su merced?

LUIS: Sin duda criado es este de Diego. Decid, soldado, si acaso decir se puede: ¿servís a don Diego Hurtado de Mendoza?

JUANCHO: Mi amo es ese, aunque pese al mundo.

LUIS: ¡Ah, noble nación! Pues no es tiempo aqieste de dejarle; aquesta bolsa tomad, amigo, y diréisle que su padre se la envía.

(Dale una bolsa.)

JUANCHO: Su padre ha mucho que mueres, ¿qué diablos dices?

LUIS: Andad, que yo sé bien que él me entiende; atravesad ese monte, que esos riscos que pretenden ser columnas en que estriban del hemisferio los ejes le esconden.

JUANCHO: Pues ¿hacia dónde camina?

LUIS: A mí me parece que a Oviedo.

JAUNCHO: ¡Juras a Dios que si no vienes la muerte que le tienes de seguir aunque el diablo se le lleve! Mas sin bebes y sin comes; buen consejo me parece poner el freno del mula, así entretendrás los dientes.

(Pónese un freno delante y otro detrás.)

Juancho, y el hambre también, Ya el uno puesto lo tienes y es otro póngole aquí, que, pues no comes ni bebes ya, pues de nada le sirves hasta que el tiempo le llegues, bien es, Juancho sin ventura. que amobs agujeros cierras.

(Váse con los dos frenos.)

LUIS: Ya el coche va atravesando, Diego, Dios te libre y lleve a mis brazos y a mis ojos; Ana, venturosa suerte te dé el cielo porque entrambos séais en dolor tan fuerte el báculo de mi vida y el descanso de mi muerte.

(Vase.)

Escena XI

Sale TORIBIA, con capa aguadera, a lo asturiano, y con agujada, y LUCIA, su criada, de la misma suerte; haya ruido de carretas y cantará LUCIA, al son del ruido de la carreta.

LUCIA: "Que ya as doncelas de León libertadiñas son. O rey Mauregato, menguado y traidor, al cordobés moro en feudo las dio, Dios nos guarde el rey que las libertó, que ya as doncelas de León libertadiñas son."

TORIBIA: Locia.

LUCIA: ¿Qué mandas?

TORIBIA: Ten esos gleyes aguidados y pazcan en esos prados sin las coyndas también; échales heno.

LUCIA: El mohño en la laguna bebió; pero luego que acabó la echó por otro camino, aunque poco más sobida de color.

TORIBIA: Mis gleyes son, Locía, en toda ocasión, de condición muy comprida, si un arroyo se desata y beben por su decor, al punto pagan en oro lo que bibieron en prata, Cuando los hace cosquillas el prado alegre y sutil, si le comen perejil le vuelven albondigullas. Cuando desta sierra el rizo de la nieve el hielo afila y a estas faldas se destila con perpetua romadizo, si de cualquiera manera abrigo los damos luego, tortas nos dan para el huego de bizcocho de galera. Corteses por maravilla son siempre, si en mi conciencia, que hacen una reverencia que quiebran una costilla. Todas las virtudes se hallan en ellos, pues, divertidos, son guenos para maridos que sufren, comen y callan.

LUCIA: Esto de ser saterica, ¿cuál diablo te lo ha enseñado?

TORIBIA: Cualquier villano lietrado si a las malicias se aprica. Desunce los gleyes.

LUCIA: Voy. Verá lo que hace el bragado zagüey.

(Vase.)

TORIBIA: En aqueste prado me asiento, cansada estoy. ¡Válgame Dios que es de ver amanecer la mañana con su capote de grana cuando juega al esconder el sol, que aún no conocido con halagos lisonjeros, mos vi viene haciendo pucheros tembrando y recién nacido! ¡Válgame en esta ocasión todos los siete durmientes!

(Echase al pie del monte a dormir.)

LUCIA: (Dentro.) ¿Qué toyes? ¡Huego en los dientes zagüey con la maldición,

(Canta.)

"Las tres periñas do ramo, ¡oy!, son para vos meo amo."

Escena XII

Mientras va cantando asoma por lo alto de un monte DON DIEGO, lleno de polvo y mirando abajo. Dichos.

DIEGO: Ya apenas puedo mover, valor, los cansados pasos; no sé por dónde descienda. que soís tan fragosos y altos, que incontrastables os miro y os admiro temerarios. Con las nubes competís y así podéis alabaros de que en tan alto habéis puesto un hombre tan desdichado. Si esta senda permitiera, por dicha, bajar al llano, fuera alivio de mis penas.

(Va bajando.)

Parece que ha abierto paso el cielo a mis desventuras algún arroyo ha dejado esta mal formada senda; gente parece que abajo asiste;

unos bueyes miro paciendo, y allí cantando está un pastor; llamar quiero, quizá llevará un bocado de pan. ¡Ah pastor amigo!
¡Hola!: ¡ah pastor!

TORIBA: (Recuerda.) ¡Quién diabros mos corrompe el sueño?

DIEGO: ¡Cielo! ¡Parece que estoy soñando!

TORIBIA: ¿A quién gritas o qué quieres?

DIEGO: Zagala, que esos peñascos parece que por deidad para mi bien te guardaron: sabe, pues, que vengo huyendo de mí mismo; porque traigo por sombra de mis acciones la desdicha de mis hados. Nací en León, donde anoche, apenas recién llegado de Cádiz, donde a mi rey, resuelto y determinado quise ofrecerle mi vida por víctima de mis años, arriesgada en su defensa, en el furioso rebato que el inglés le presentó, bien a costa de su daño, al fin llegando fue fuerza que, intentando hacerme agravio, a un caballero le diera muerte; siguiéronme cuantos parientes tiene y también la justicia, hame guardado el cielo para que ahora viniese a dar en tus manos.

TORIBIA: Afligido caballero, a buen puerto habéis llegado; que por los cielos sagrados, que a quien intente ofenderos, que a quien presume enojaros, como si fueran gorriones los mate con ese palo. Estas montañas habita mi padre, un noble serrano: es dueño de cuanto miran vuestros ojos, que esos pagos todos le rienden tributos y le sustentan ganados. Tiene dos hijos, que somos yo y Sancho Díaz mi hermano; vengo ahora de León de vender en esos carros la manteca y el carbón, uno prieto y otro balco. ca ca non damos concetos como allá los cortesanos. Sentaos, que seguro estáis que allá en casa se os aliña algún loco regalo pan y queso, que aquesto es el más sabroso en el campo. Sentaos y descansaréis.

(Siéntase y saca de las alforjas pan y queso.)

DIEGO: Solo con veros descanso.

TORIBIA: Pues si descansáis con verme, id comiendo y descansando, que yo me pondré aquí enfrente.

DIEGO: En vos, sin duda, juntaron la piedad y la hermosura mucha gracia en pocos años.

(Come.)

Escena XIII

Sale JUANCHO, por lo alto de otro monte, con los frenos puestos. Dichos.

JUANCHO: ¡Juras a Dios que esta tierra es buena para milanos! Campo llano de verrugas, ¿cuándo llegarás al llanto? Tú, Juancho, ya que no comes, cantando siéntate un rato.

(Siéntase y canta mirando abajo.)

"¿Quién quieres pan que lo arrojó, tres días ha que no como?"

DIEGO: ¡Vive Dios, que aquella voz la conozco! ¡Juancho, ah Juancho!

JUANCHO: ¿Quién llamas Juancho?... ¿qué es esto?

DIEGO: Juancho, baja, que aquí tengo que comas.

JUANCHO: Estáis soñando, pues no tienes por adónde mejor bajarás rodando.

(Echase a rodar.)

¡El diablo llevas el frenos!. las narices me he quebrado.

DIEGO: ¿Cómo los traes así?

JUANCHO: No es tiempo para contarlo: hartaré pan y después dirélo. ¿Quién te le ha dado?

DIEGO: Esta serrana piadosa que hoy ha de ser nuestro amparo.

JUANCHO: ¡Oh serrana panadera! Deja besaré el zancajo.

TORIBIA: Levantaos, Juancho, comed: que después podréis besarlo.

TORIBIA: Caia, que es un hombre honrado caballero de León, que huyendo por ciertos casos, llegó triste y afligido por entre esos riscos altos a pedirme pan, y a fe que lo hubiera perdonado, porque no sé qué cosquillas siento en el alma.

LUCIA: Es gallardo. ¿Y estotro quién es?

TORIBIA: Estotro diz que es Juancho, su criado.

LUCIA: Pues, Toribia, a Juancho alojo, porque si hubiera arrebatado a donde muriese Ero es bien que muera Leandro: en el alma encaramado le tengo ya.

JUANCHO: ¿Qué me dices? Hasme un puchero.

LUCIA: Y aun cuatro.

JUANCHO: Si le tienes algo dentro comeremos un bocado.

LUCIA: ¡Alto, a subir!

JUANCHO: Vamos, pues.

LUCIA: Matada me llevas, Juancho; al diablo le das amor.
(Vanse los dos.)

DIEGO: No eres para panciflacos.

TORIBIA: Ya unce Locía, vení y no me engañes

ACTO SEGUNDO

Escena I

Salen TORIBIA y LUCIA

TORIBIA: Como digo de mi cuento, en la carreta sobió cansado, y lo que pasó prega a Dios que sea en descuento de mis pecados, amén: porque cuando me miraba blandos ojuelos me echaba, más que fruta de sartén. Yo, que estaba corrompida, queriendo desimular, aun no le osaba mirar vergonzosa y encogida, y con palabras fulleras comenzándome a agarrar, pardiez, que quería pasar de las burlas a las veras. Yo, que turbiada miré al mozo, con bravo ahínco rempujéle, y con un brinco de la carreta salté. Llegamos a casa, al fin, él triste, yo mesurada, que este honor, esta nonada es de los gustos mal fin. Mal haya su opinión vana, pues, en casos diferentes, les hace hacer a las gentes lo que no tienen en gana.

LUCIA: Crudelia fuiste con él. Toribia, si en mi verdad, que un pecilgo no es maldad que corrompió el arancel. Mi Juancho hue más cortés en la carreta sobió, y a la larga se tendió encaramando los pies sobre una estaca, y mohino porque el vino le faltó, al columió se durmió roncando como un cochino. Nueva carreta chillaba y él, al paso que groñía, el contrabajo llevaba. Yo pasé muy malos ratos porque, como era a profía, todo junto parecía una capilla de gatos; la carreta el ponedor donde los libros están, el pértigo el sacristán que los vuelve alrededor, y porque esto viene a punto, una capilla tan brava el un guey les enseñaba con la cola el contrapunto.

TORIBIA: Padre viene.

Escena II

Salen MENDO, viejo, y SANCHO, SU HIJO, DE VILLANOS, y RODRIGO, DON LUIS y DOÑA ANA. Dichos.

LUIS: El coche queda a la falda desos riscos, a quien coronan lentiscos y apacible murta enreda. Es tan fragoso el camino, que por él precipitado, siendo mirador del prado, fui de las nubes vecino; viendo imposible el remedio en fortuna tan cruel, sacar a mi hija del tuve por más sano medio, y al fin con ella en la yegua vengo a que le encaminéis.

- MENDO: Bien presto verle podéis, que aun no hay un cuarto de legua. Sancho: salta en la tordilla y por el collado abajo, le guía por el atajo que para en la fuentecilla del Olmo, que por allí vendrá a placer.
- SANCHO: A eso voy; descansad, mientras que doy a vuestro cuidado así sosiego, hermosa señora. Si el coche cuidado os da no lloréis, porque vendrá presto. Por el coche llora: ¡quién fuera coche!... ¡ay de mí!
- MENDO: Sancho: vuela, acaba, pues.
- SANCHO: De promo tengo los pies después que estos ojos vi. ¡Voto al sol!, ojos serenos, si es que el coche os causa enojos, y esto será lo de menos.

(Vase.)

Escena III

Dichos, menos SANCHO

- LUIS: Hija, divierte el cuidado que tus tristezas te dan, que yo espero que tendrán consuelo presto.
- ANA: Si enfado os causa, señor, el ver afectos del corazón. son hijos de una pasión a quien no puedo vencer. Si un bien solo que tenía, cuando apenas le gocé, ya su muerte contemplé y entre su muerte la mía, que celebre no os espante con lágrimas mi dolor!
- TORIBIA: A esa le hirió el amor por detrás o por delante; pues trae dolor semejante, para Dios que no tengamos algo en que entendel, Locía.
- MENDO: Descansad, por vida mía, aquí esta noche.
- LUIS: No vamos para sosegar, que ponen de aquí a Oviedo cinco leguas.
- MENDO: Poned al cansancio treguas, pues mis venturas disponen que tenga esta humilde choza todo el bien que ha deseado.
- LUIS: Un afligido cuidado mal con temores reposa: hoy a Oviedo he de llegar, que, como os he dicho, allí voy a gobierno.
- ANA: ¡Ay de mí!
- MENDO: Altom pues; haz aliñar, Toribia, algo que comer.
- LUIS: ¿Es hija?
- MENDO: En casa nació y mi mujer la parió, y entonces había de haber dos años que nos casamos.
- LUIS: Buenas señas.
- MENDO: Llegá acá mochacha.
- LUIS: Razón será, cuando en vuestra casa estamos. señora, que nos mandéis en qué os podemos servir.
- ANA: No procuréis encubrir dos mil gracias que tenéis.
- TORIBIA: ¿Dos mil gracias? ¿Soy la cuenta de perdón?
- LUIS: ¡Donosa ha andado!
- ANA: Sois tan bella que he dudado si alabaros es afrenta, porque alabanza no cabe en la perfección mayor.
- TORIBIA: ¡Alabame vos, señor, que no hay acá quien me alabe! Desta suerte, padre, vos alabá aquesta señora; decilde que es sol y aurora y estaremos dos a dos.
- LUIS: ¿Quién es esotra serrana?
- LUCIA: ¿Quieren alabarme?
- TORIBIA: Sí; también habrá para ti.
- LUCIA: Alaben hasta mañana, no doy más que esto.
- LUIS: El despejo aumenta más su hermosura.
- TORIBIA: Acá nos requiebra el cura, pero es amante a lo viejo; para toda la semana tiene requiebros bastantes, que, como los estudiantes, los enjugó una mañana. Los días de carne diz que es nuestro rostro hechicero, más sabroso que el carnero, más tierno que la perdiz. Los sábados no hay morcilla que esté al humero segura, es nuesa boca asadura, nuestos ojos pajarilla. Más, yo, a mi mal entender, he llegado a pergeñar que él pide con requiebrar lo que quijera comer.

- ANA: Vos sois deiscreta y hermosa y en las dos cosas perfeta.
- MENDO: Rapaza: ¿quién te ha mostrado aquesas bachillerías?
- LUCIA: Ellas vienen con los días, que, aunque mos hemos criado con las cabras y los gúeyes en buena conversaci3n entre estos riscos que son su corte, si ellos sus reyes, tambi3n sabemos habrar.
- LUIS: Donosa es la labradora.
- MENDO: Entrad, hermosa se1ora, donde padáis descansar, que a fe que vendréis cansada. Mochachas, a componer lo que habemos de comer.
- LUCIA: La olla está aderezada.
- MENDO: Asa un poco de jam3n: Toribia: ve a la cocina, haz matar una gallina, y si no, mata un cap3n.
- LUCIA: ¿Qué cap3n han de matar? ¡Hamos de matar aquí lo que hamos criado!
- (Llora.)
- MENDO: Si, ¿Por aqueso has de llorar?
- LUCIA: Herodes, desos capones han sido esos caballeros.
- TORIBIA: Calla, no haga pucheros.
- LUCIA: No he de sufrir sinrazones...
- TORIBIA: Dalos a la maldici3n. Locía, parte a matallos, que hay capones que son gallos en llegando la ocasi3n.
- LUCIA: Eso siento si lo dudas, que es quedar, aunque lo abones, quitándoles los capones muchas gallinas viudas.
- TORIBIA: ¿ONde el mi querido hue?
- LUCIA: Como acabó de almorzar, cansado, se entró a acostar, y durmiendo le dejé. El mi Juancho en el pajar ronca como un descosido.
- TORIBIA: Esta ninfa ca venido ma dado que sospechar, no quijera que lo vea... ¡Prega a Dios!...
- LUCIA: ¿Qué pregas?
- TORIBIA: ¿Qué? Vamos y te lo diré; prego que orégano sea.
- (Vanse las dos.)

Escena IV

Dichos, menos TORIBIA y LUCIA.

- LUIS: ¿Y ha muchu que estáis aquí?
- MENDO: Más de treinta años habrá que aquesos presumo que ha que para vivir nací. Mas esto no es para ahora, entremos en casa.
- LUIS: Vamos.
- MENDO: Puesto que no merezcamos veros alegre, se1ora, entrad y descansaréis. Comeremos un bocado.
- ANA: En aqueste verde prado os suplico me dejéis un rato por divertir con sus flores mi tristeza.
- MENDO: Pensión es de la belleza tener siempre que sentir.
- LUIS: Ana, procura alegrarte: conmigo estás y yo soy quien fe y palabra te doy que no tengo de faltarte aunque mil vidas perdiera.
- ANA: Mi sentimiento, señor, no pone duda en tu amor.
- LUIS: Sabe el cielo que quisiera tu contento y tu quietud más que el mío; si, ¡por Dios! Vamos, se1ora, los dos.
- (Aparte.)
- ¡Quién pudiera esta inquietud consolar! Mas no conviene, hija, callemos, quizá el callar importará al remedio que previene mi amor en tan triste suerte, pues no siendo conocido valdré a mi hijo querido librándolo de la muerte.
- (Vanse MENDO y DON LUIS.)

Escena V

DOÑA ANA, sola.

ANA: ¡Buen lance habemos echado! Tras de tantas desventuras que en mi daño mal seguras ni cesan ni se han cansado, yo he llegado a la desdicha mayor, pues cuando esperé favor para mis daños. hallo de súbito en años recién nacido el amor. Cuando, huyendo de mi suerte, infelices pasos daba y tímida tropezaba en los brazos de la muerte, ¡trance fuerte!, ¡triste estrella!, ¡adverso hado!. advierto en mi triste estado, ¡qué rigor!, que es la desdicha menor morir para un desdichado.

Escena VI

Sale SANCHO, Dicha.

SANCHO: Ya por quebrarle los ojos a quien os le pudo dar el coche truje a pesar suyo, cesen los enojos, que en despojos de tan celestial pintura, le pediré a mi ventura por favor. que ya que me dio el amor, no me niegue esa hermosura. Pardiez, si he de hablar verdad, bien se me puede creer que sois la primer mujer que rindió mi voluntad, y pensad que me siento tan glorioso en este lance amoroso que he creído que siendo vuestro vencido he quedado victorioso. ¡Mala Pascua me dé Dios si en el punto que os miré de la suerte no dudé cuál fue mayor de los dos! Admiro en vos una perfección discreta, por miraros, que la vista más perfeta entre prodigios tan raros se exhala como cometa, y quisiera preguntar, porque deseo saber ¿cómo enseñáis a querer a quien nunca supo amar? Que es de admirar que a tantos en las cadenas enlacen a manos llenas vuestros labios a cuchilladas de agravios y a puñaladas de penas.

ANA: Quien tan bien sabe decir lo que desea explicar, si es que no ha sabido amar, ¿cómo ha sabido sentir? Seos decir que si os falta sentimiento, que en tan amargo tormento puedo enseñaros a sentir con obliigaros sintiendo lo que yo siento; y si es que acaso es verdad que os debo alguna afición débaos en esta ocasión gozar desta soledad.

SANCHO: Ordenad lo que fuéredes servida; la obediencia me convida, porque espero que conozcáis lo que os quiero, pues me aparto de mi vida.

(Vase.)

Escena VII

Salen por otra puerta, DON DIEGO y JUANCHO. DOÑA ANA.

DIEGO: No he podido sosegar, Juancho, porque considero la poca seguridad que en aquesta casa tengo, Mis contrarios me persiguen tan furiosos y soberbios, que desos riscos umbrosos habrán contado los senos. No sé qué remedio intente.

JUANCHO: Al diablo le das remedio y pulgas le das al diabli, que en aquel pajar tenemos hoy pulga, ¡juras a Dios!, que piensas que eres barbero y pes pega un picotazo que dejas a Juancho muerto. Pulga hay que bien puede ser con cordel mozo de ciego; una pulga reverenda toda vestida de negro. piensa que es fraile benito que te sales del convento, ¡Muerto vienes, pobre Juancho!

Escena VII

Asómate TORIBIA, al paño, con un asador en la mano. Dichos.

TORIBIA: ¡Mal sosiega el pensamiento! De la còcina me salgo y a mi padre en ella deajo, que un quillotro no me deja poner los pies en el suelo, Hui en busca de mi querido y no está en el aposento; mas helos a donde están.

DIEGO: Este es el mejor consejo, a Madrid parto esta noche si me dejan. ¡Ana!

ANA: ¡Diego!

(Abrázanse.)

¿Es posible que mis ojos tan gran ventura tuvieron?

- TORIBIA: ¡Concertame estas medidas!
- DIEGO: No creerás a qué buen tiempo te ven los míos, doña Ana. Sin duda ha querido el cielo dar consuelo a mis desdichas con tu vista.
- JUANCHO: ¿No merezco que Juancho besas tus manos?
- ANA: ¡Juancho!, los brazos es premio muy corto de tus servicios.
- TORIBIA: Para todos hay refresco. ¡Qué socorrida mujer! ¿Qué haré, que rabio de celos?
- ANA: No habrá una hora que llegamos, porque ignorando el cochero el camino, nos perdimos después de varios sucesos, que en esos montes pasamos esta noche, hasta que el cielo, con la luz de la mañan, nos dio en esta casa puerto. En ella os halló ventura, que solo pudiera serlo entre tan grandes desdichas como nos siguen; bien veo que os ha de añadir disgustos lo que contaros pretendo. pero acudo al menor daño. Diego: aqueste caballero en cuyo poder quedé no me agrada, porque es cierto que goza de la ocasión, como otros muchos lo han hecho. Desde que me vio la cara con ternezas, con requiebros, apretándome las manos, dando suspiros al cielo, me ha declarado su amor, aunque con término honesto. Gobernador en Oviedo. cosa que puede animarle a conseguir sus intentos, Pues la suerte os trajo aquí, no conviene ni lo quiero que en su poder me dejéis.
- DIEGO: ¡Ea, desdichas; a un tiempo todas juntas, que ya es hora de cumplir vuestros deseos: matadme, que poco falta!
- JUANCHO: ¡Llévese diablo por viejo! ¡Juras a Dios que le tienes las propiedades del puerco!
- TORIBIA: ¡Hemos negociado bien!
- DIEGO: ¡Alto! : vamos al remedio, que las determinaciones son hijas de los discretos. No quiero que con él vayas ni que te quedes, que es cierto que aquí no has de estar segura, Esta noche, en el silencio de su oscuridad, sin dar a ninguno cuenta desto, te prevén, que he de llevarte. tomando por instrumento de las muchas dese prado dos yeguas, hijas del viento, para hacerlo.
- JUANCHO: Ya le tienes juras a Dios lindos frenos y yo sabes donde hay sillas, y por el corral podemos echarlas.
- DIEGO: Bien lo has pensado.
- TORIBIA: Muy buen despacho tenemos, ¿No hay son echar y freír, como si fueran buñuelos?
- DIEGO: A las diez en esta puerta has de estar, porque al momento que Juancho ensilla las yeguas nos vamos.
- ANA: Bien lo has dispuesto; pero, porque la fortuna no atropelle mis deseos, cuando las tengas a punto, háblame en entrando recio, porque a la voz te conozca.
- DIEGO: Bien dices, y por más cierto será el hablarme en entrando, la seña.
- ANA: De aquesse acuerdo quedamos.

Escena IX

Sale Rodrigo. Dichos

- RODRIGO: Ya está esperando la comida; ¡santos cielos! Señor, ¿en aquesta casa?
- DIEGO: Así el cielo lo ha dispuesto: ¿dónde está vuestro señor?
- RODRIGO: Aquí esperando le dejo a mi señora doña Ana para comer.
- DIEGO: Vamos luego, que quiero besar sus manos.
- RODRIGO: Será excesivo el contento que tendrá con vuestra vista.
- DIEGO: (Aparte.) Mayor le tuviera entiendo de no verme. Ven, doña Ana.
- JUANCHO: Juancho, vamos allá dentro; buena noche se te espera trotando por esos cerros como ahora, y hasta el tripa, que quizá le vendrá tiempo en que cuando quieras carne matarán al carnicero.
- DIEGO: Lo dicho, dicho, doña Ana.
- ANA: Y lo dicho, dicho. Diego.
- JUANCHO: Dicho lo dicho, barriga.
(Vanse.)

Escena X

TORIBIA, sola.

TORIBIA: Hábrame en entrando, pienso ca questa noche ha de ser, sin duda, mi finamiento. ¡Qué bien lo amasó el traidor que con fingidos requiebros embaducar pretendia los mis sencillos deseos! ¡Qué he de hacer triste de mí, que me espachurran los celos!... ca cá dentro juegan cañas, siendo la praza del cuerpo. ¡Llorad tristes ojuelos, que amor os tira y son sus frechas celos y por sentir las que os están tirando deci Toribia, así: "hábrame en entrando."

Escena XI

Sale Lucia, Dicha.

LUCIA: Toribia, padre te llama, ¡Verá el diablo lo que ha hecho!: ¿el asador te trajiste? No me ha quedado abujero, tizón, artesa, vasar, horno, cocina, humero, espetera, despensilla. que he perdido el sufrimiento buscándole. ¿No respondes? ¿Qué tienes que haces pucheros?

TORIBIA: Tengo un bien que no me entiende, tengo un mal que no le entiendo. ¿Has vido al ninfo y la ninfa juntos?

LUCIA: Sí.

TORIBIA: Pues eso tengo.

LUCIA: Ya de comer acabaron, y ella, desmayos fingiendo, diz que se quiere acostar, y yo la cama le he hecho en la cámara de arriba.

TORIBIA: Ya esos desmayos entiendo, ¡Mal desmayo le dé Dios! Pues se acuesta ocasión tengo para corromper sus gritos y para lograr mi intento; procura tú desnudarla y con sutil fingimiento los vestidos que le quitas los trascuela a mi aposento con secreto, que me importa.

LUCIA: ¿Qué es lo que has de hacer con ello?

TORIBIA: Calla, y haz esto que digo.

LUCIA: Callo, y hacerlo emprometo.

TORIBIA: Al cura le oí decir que vestido de pellejos le hurtó la bendición un Jacome al heredero della; y así pienso hacer. que esa ropa será el vello que la bendición que busco magarre por los cabellos.

(Vanse.)

ESCENA XII

Salen DON DIEGO y DON LUIS.

DON LUIS: Si estáis determinado no será porfiaros acertado.

DON DIEGO: Yo estoy agradecido al gran amor que en vos he conocido; llámanme obligaciones que no puedo excusar.

DON LUIS: Las ocasiones que pueden suceder mirad primero, que es la hermosura un enemigo fuerte y a quien la adversa suerte tanto le dio, camina hacia la muerte con mayor brevedad.

DON DIEGO: Esos deseos... En sus palabras ya su intención veo.

(Aparte.)

¡Qué no le haya obligado siendo noble el haberle confiado mi honor! Pierdo el sentido.

DON LUIS: Que, en efecto, señor, solo y perdido huyendo de la muerte, ¿os queréis encargar de aquesa suerte de una mujer hermosa? No lo acertáis, y adviértoos una cosa, por el hábito santo de San Benito, a quien venero tanto; por la sangre heredada tan limpia y noble como desdichada, que estaba en mi poder esa señora más bien guardada que no queda ahora, y quererla llevar no os lo aseguro; no me habéis conocido, que yo os juro que a conocerme....

DIEGO: ¡Ay cielos, sin duda al viejo le atormentan celos! Me he desengañado del falso trato que conmigo ha usado, En mi poder está...

DON LUIS: No está.

- DON DIEGO: ¿Qué es esto?
- DON LUIS: Dañosas rapazadas. ¡Alto, presto! Pongan el coche y vamos.
- RODRIGO: Ya está puesto, señor.
- DON LUIS: ¿A qué aguardamos? Quedaos con ella que, por vida mía, que os acordéis de mí quizá algún día. Llévola yo a mi casa; ¡ay hija amada, el alma se me abrasa, y venís a quitalla de quien le daba honor! ¿Queréis llevalla a que guarde ganado? ¡Pobre muchacha, lástima me ha dado!
- DON DIEGO: ¡Si no mirara...!
- DON LUIS: ¿Cómo es eso, cómo? Canas de acero calzan pies de plomo. Yo soy quien he tenido lo que no puede ser bien parecido. Si hacerlo no os agrada, no miréis en respetos, que mi espada, cansada de matar los enemigos, bien sabrá responder a los amigos.
- DON DIEGO: Ya apretáis demasiado, Aquí en vuestra presencia he reparado no sé qué soberanos impulsos me enmudecen que las manos aun no acierto a movellas, debe ser unión de las estrellas lo que aquí me detiene; idos con Dios, pues tanta fuerza tiene que no habiendo temido, temo venceros por quedar vencido, y no pudiendo hablaros temo el oírlos, temo el replicaros.
- (Vase.)
- DON LUIS: Muerto va y solo quedo.
- RODRIGO: Declárate, señor.
- DON LUIS: Eso no puedo, que ahora no conviene, que quiero ver si algún remedio tiene con el cargo que hoy llevo su libertad.
- RODRIGO: Ya se ha escondido Febo. quédate aquesta noche en esta casa.
- DON LUIS: No; camine el coche; pica a Oviedo que importa.
- RODRIGO: A Oviedo pica.
- DON LUIS: La jornada es corta: ¡qué triste fue el mozuelo! más triste quedo yo, sábelo el cielo, ¡Ay mi hija querida, aún no gozada cuando ya perdida! ¿Cuándo querrá mi suerte que alegre os goce hasta esperar la muerte?
- (Vanse.)

Escena XIII

Sale LUCIA, con un candilón y los vestidos, y TORIBIA.

- TORIBIA: ¿Cerraste la puerta?
- LUCIA: Sí, ya la he cerrado.
- TORIBIA: Cuelga el candilón en aquese cravo. ¿Sintióte la ninfa?
- LUCIA: No ca al ir entrando, por no her roído, quité los zapatos.
- TORIBIA: Pues desnuda presto.
- LUCIA: Ya tienes quitado la saya y sayuelo.
- (Siéntase en el suelo.)
- TORIBIA: Desprende el tocado apriesa, Locía, mientras me descalzo.
- (Queda en manteguelo.)
- LUCIA: Ya todo está hecho: ¿por qué tas quitado los zapatos?
- TORIBIA: ¡Bestía!.. ¿cabrán en los zancos? Dácalos acá.
- (Dale los chapines.)
- LUCIA: Aquí están.
- TORIBIA: ¡San Pablo! Llega acá, Locía; llega, que me caigo.
- LUCIA: Quitatelos, pues.
- TORIBIA: Yo me iré enseñando, ca amor es maestro en aquestos casos. Daca los corpiños.
- LUCIA: Como están cerrados por delante...
- TORIBIA: Enseña, oigan el diablo, por detrás se atacan.
- (Pónese el jubón.)

LUCIA: Las damas de hogaño, siguiendo lo culto, huyen de lo craro.

TORIBIA: Pon presto.

LUCIA: Ya pongo. ¡Cristo soberano, cuántos agujeros...!

TORIBIA: No estiraces tanto, que me harás caer.

LUCIA: Todo está atacado; ¿qué quieres ahora?

TORIBIA: Dame ese refajo.

LUCIA: Allá va; ¿qué es esto?
(Las enaguas.)

TORIBIA: ¿Qué trojiste, diablo? ¿Es frontal de iglesia? Ten de aqueste lado
(Extiéndelas todas, que han de estar cosidas por delante.)
¿Quieres apostar que trojiste acaso la funda del coche?

LUCIA: No, que es muy galano.

TORIBIA: Ya caigo en lo que es: manta de caballo.

LUCIA: ¿Tan larga?

TORIBIA: Alto, pues; voime rodeando esta faja al cuerpo.
(Va dando vueltas TORIBIA, dándose las enaguas, y LUCIA teniendo el otro canto.)

LUCIA: Muy bien lo has pensado, casi la traía.

TORIBIA: Ata esos dos cabos; venga ahora esotro, presto.

LUCIA: No ha quedado ya más que la ropa.
(Pónese la ropa.)

TORIBIA: ¿Qué cuello tan alto! Lucía, parece pescueza de ganso.

LUCIA: ¿Por qué así lo hacen?

TORIBIA: Porque yo he pensado que los traen así estas, por si acaso algún caballero, tierno enamorado, quiere visitar sus compuestos labios con el pie de amigo no pueden lograrlo.

LUCIA: Esta caja vino acá entre los hatos.

TORIBIA: ¿Qué hay dentro?

LUCIA: Cabellos.

TORIBIA: ¿Sí sa trasquilado con el berrenchín?

LUCIA: Que son del tocado tienen trazaderas, si no es que me engaño estos son pericos.

TORIBIA: Pon. que no me espanto que caiga quien tiene perico en los cascos Daca la valona.

LUCIA: Está como un mayo; toma no te ahoje.

TORIBIA: ¿Y padre?

LUCIA: Sentado quedaba en el huego con Sancho tu hermano, que destas visitas quedaba cansado.

TORIBIA: Si por mí pregunta de que me he acostado.

LUCIA: ¿Qué hará la señora cuando ande buscando sus vestidos?

TORIBIA: Muera, pues me está matando Arrímate a mí.
(Toma el candil LUCIA, arrimase a TORIBIA, y vanse entrando.)

LUCIA: Válgate el calvario de Nueso Señor. ¡Linda estás!

TORIBIA: ¿Te agrado? Veta poco a poco.

LUCIA: Si yo huera macho todo estaba hecho.

TORIBIA: ¡Ay! amante falso, a questo moriga; "hábrame en entrando".
(Vanse.)

Escena XIV

Salen DON ALONSO DE BUSTOS y otros tres, con pistolas, botas y espuelas.

ALONSO: Los caballos apartad detrás de aqueste ribazo que, según traigo noticia, presto atajaré los pasos del que ya segunda vez mis afrentas ha intentado. Los caballos aun no pueden, consumidos del cansancio, pacer la hierba.

CABALLERO 2: El postrero ha sido bellaco rato que han llevado.

CABALLERO 3: La noticia que nos dio aquel aldeano de los bueyes impotó.

ALONSO: Ahí os quedad retirados, veré si en aquesta casa quizá quieran hospedarnos solo por aquesta noche.

(Vanse los tres.)

Yo apostaré que acostados estarán ya. ¡Ah, buena gente!

(Da golpes.)

Abrid, Habladme en entrando.

Escena XV

Sale TORIBIA, DON ALONSO.

TORIBIA: La seña es esta, aquí estoy aguardando. Diego Hurtado. Doña Ana soy.

ALONSO: ¡Santos cielos! ¿Qué es esto?

TORIBIA: ¿Están aliñados los caballos?

ALONSO: (Aparte.) Fingir quiero. Ya están a punto.

TORIBIA: Pues vamos.

(Aparte.)

¡Voto al sol, que habéis de ser mi marido!

ALONSO: El cielo santo sin prevenir la venganza la trujo el cielo a mis manos.

(Llévasela.)

Escena XVI

Sale DOÑA ANA, mal vestida, de villana.

ANA: ¿Si habrá mi hermano venido, que no sé quién me ha quitado los vestidos que tenía prevenidos para el caso, y en buscar esos que tengo presumo que me he tardado? Si bien más segura voy en este traje.

Escena XVII

Salen DON LUIS y RODRIGO, DOÑA ANA.

LUIS: Cansado llego: mas ¿cómo Rodrigo, tendré sin vida descanso?

RODRIGO: Señor: del camino vuelves; ¿qué piensas?

LUIS: He imaginado el peligro en que a mi hija dejé entre aquestos villanos, y ansí he resuelto decirle quién soy, y llevarla.

ANA: Pasos siento. ¿Si es Diego?

LUIS: ¿Qué es esto? Un bulto si no me engaño, miro a la puerta. ¿Quién va?

(Llega y agárraa.)

ANA: ¡No es Diego, ay Dios!

LUIS: Sosegaos.

ANA: Ya os conozco, ya os conozco; mirad que vendrá mi hermano, y que si intentáis mi ofensa tengo valor, tengo manos para mataros.

LUIS: ¡Ay, hija; dame mil veces tus brazos! Soy tu padre, Luis Hurtado de Mendoza. Trae, Rodrigo, la yegua.

(Va RODRIGO por ella.)

ANA: ¡Oh padre amado!, ¿es posible que te veo? Dame otra vez esos brazos.

Escena XVIII

Asómase LUCIA a la puerta y velos abrazar, Dichos, menos RODRIGO.

LUCIA: ¡Eso sí, cuerpo de tal!
 LUIS: Vente conmigo.
 ANA: ¿Y mi hermano?
 LUIS: Por ahora no conviene que sepa quién soy.
 ANA: Pues vamos. ¿Ni ha de saber dónde voy?
 LUIS: Después.
 ANA: Besaré tus manos dos mil veces.

Escena XIX

Sale RODRIGO. Dichos.

RODRIGO: Ya está aquí la yegua.
 ANA: ¡Cielos sagrados, tal suerte en tanta desdicha!
 LUIS: ¡Vamos!

(Vanse y llevánsela.)

Escena XX

LUCIA, sola.

LUCIA: "¡Hábrame en entrando." Hoy despacha el viejo verde; pardiez, lindo lance ha sido, ¡Hola, hao!, que se la lleva. ¡Oh Mendo, oh señor, oh Sancho!

Escena XXI

Salen por una puerta DON DIEGO y JUANCHO, y por otra, SANCHO. LUCIA.

SANCHO: ¿De qué das voces?, ¿qué ha habido?
 DIEGO: Alguna desdicha aguardo.
 LUCIA: ¡Que se llevan a doña Ana!
 DIEGO: ¿A quién?
 SANCHO: ¿A quién?
 LUCIA: ¡San Hilario!
 (A DIEGO.)
 ¿Vos estáis aquí?
 DIEGO: Aquí estoy.
 LUCIA: Pues otro "hábrame en entrando" se lleva a Toribia.
 SANCHO: ¿Mi hermana?
 DIEGO: ¡Cielo santo! ¿Que desdichas son aquestas?
 JUANCHO: ¡Bien habemos negociado!
 DIEGO: Pues ¿quién se lleva a doña Ana?
 LUCIA: Ese viejo a cuyo cargo vino aquí.
 DIEGO: ¡Ah flaso, ah traidor!
 SANCHO: Y a mi hermana. ¿por qué o cuándo la llevan?
 LUCIA: Eso no sé.
 SANCHO: ¿Y quién hue?
 LUCIA: "Habrame en entrando".
 DIEGO: Juancho, vengan esas yeguas; ponte en una al punto. Sancho, que yo en estotra tras ellos al viento ligero igualo; busca a tu hermana, que yo busco la mía.
 SANCHO: Yo parto sin alma, pues que el honor y el amor me han robado.
 LUCIA: Adiós, Juancho.

JUANCHO: Adiós, Lucía. que allá me llevas mi amo.
LUCIA: Si encontrases a Toribia dile...
JUANCHO: ¿Qué?
LUCIA: "Hábrame en entrando".

ACTO TERCERO

Escena primera

Salen TORIBIA, DON ALONSO y tres más.

ALONSO: Pues, ¿qué te obligó a decir, pastora, que eras doña Ana?
TORIBIA: A ser vos mi confesor poddiera decir la causa; mas ¿qué mayor la queréis que mirarme ataviada? Con don y unos atavios a cualquier mujer honrada la sacan de sus casillas.
ALONSO: ¡Oh, nunca saliendo el alba desengañara las dudas de mi dichosa venganza!
TORIBIA: Dalde a los diabros, que a todos mos mata y mos desengaña, de que he poddido escurrirme, Pero ¿quién, por mi desgracia, la seña os dijo?
ALONSO: Es refrán que acostumbro; y como a tantas voces nadie respondió pareciendo que callaban o por temor o por sueño, acaso lo dije. Extraña manera de vestir; ¿cómo os pusiste las enaguas, labradora, desa suerte?
TORIBIA: Decidme: ¿cómo se llaman?
ALONSO: Enaguas.
TORIBIA: ¡Libreme Dios!
CABALLERO 1: ¡Graciosa es la labradora!
ALONSO: Y tiene extremada cara; ya que hemos errado el tiro, entre tanto que descansan los caballos, recostaos, que aquestas umbrosas hayas servirán de pabellón, cuando os ofrece la cama huésped, si bizarro abril ella florida y bizarra.
TORIBIA: Todos podremos hacerlo, que, pardiez, de buena gana durmiera yo a sueño suelto como un lirón.
CABALLERO 1: ¡Linda gracia! ¿Piensas dejarnos durmiendo y en un caballo, serrana tomar las de Villadiego?
TORIBIA: Nunca malicias os faltan. ¿Pues eso había de hacer? Yo os empeño mi palabra que heis de echarme menos cuasi me vaya.
CABALLERO 2: Bien lo declara; mas será después de ida.
TORIBIA: Pues, ¿cuándo?
CABALLERO 3: Denle una estampa por el aviso.
TORIBIA: Y sepamos, si yo no soy de importancia ni en nanda les he ofendido ¿qué me quieren?
ALONSO: Que te vayas; mas será después....
TORIBIA: ¿De qué?
ALONSO: De que sepas que me abrasas.
TORIBIA: Pues apártese de mí.
ALONSO: Será apartarme del alma.
TORIBIA: Pues ¿quién se la tiene?
ALONSO: Tú.
TORIBIA: ¿Dónde?
ALONSO: En esa hermosa cara.
TORIBIA: El alma de todo un cuerpo, ¿cabe en mi cara?
ALONSO: Serrana; en esos ojos la tienes.
TORIBIA: Aunque fuera de avellana es imposible caber.

- ALONSO: Ese donaire me mata sin piedad y sin justicia, que eres dueño de mi alma; que esos labios de coral y esas mejillas de grana me tienen muerto de amores y que me abraso, serrana, por servirte.
- TORIBIA: Gloria a Dios, que entramos en la posada; vamos, gozaré tus brazos.
- TORIBIA: ¿Gozarme? Aqueso no es nada; mire si quiere otra cosa; el hombre es práctico.
- ALONSO: Acaba; ¿no te determinas? Pues considera que a tu casa no has de volver si primero no haces mi gusto.
- TORIBIA: (Aparte) ¡Mal haya mi desdicha y no tener en aquesta ocasión armaa!
- ALONSO: Quedaos vosotros ahí. Vamos, mi bien.
- TORIBIA: (Aparte.) ¿Esto pasa? ¿Ello no puede ser menos?
- ALONSO: ¡Por ningún caso!
- TORIBIA: Pues vaya con el diablo.
- ALONSO: Vamos, pues.
- LOCO VOY.
- ((Van andando, y al pasar por junto a los Criados, TORIBIA le quita la espada a uno.)
- TORIBIA: ¡Fiera canalla! Amansad vuestros deseos con la punta desa espada.
- ALONSO: ¿Qué intentas, bárbara?

Escena II

Sale SANCHO DIAZ. Dichos.

- SANCHO: Creo. Si la vista no me engaña, que llegamos a buen tiempo.
- TORIBIA: ¿Pensabas que aunque aldeana rústica, en aquesas sierras, entre sus peñas criada, no tengo valor ni manos para defender osada el honor preciosa joya, vivo caratíel del alma? Engañáisos, que en defensa suya os mataré.
- ALONSO: Ya pasa de locura, lo que emprendes, y por esa misma causa te he de gozar, o la vida has de perder.
- TORIBIA: ¡Brava hazaña, para un noble caballero es ensangrentar su espada en una humilde mujer! Mas no importa; ensangrentadla si podéis, que ¡vive Dios!, caballero de mohatra, que teniendo de mi parte la razón que me acompaña, la noble sangre que heredo pienso haceros mil tajadas, que los galanes de hogaño gastan en calzón y mangas. Embestí.
- ALONSO: ¡Viven los cielos! que en esta ocasión me holgara que en tu defensa tuvieras quien estorbar intentara mi gusto. Acabad, ¿qué es esto? Si se defiende, matadla.
- SANCHO: No matarán que aquí está quien, saliendo a la demanda, os cumplirá ese deseo.
- TORIBIA: ¡Hermano, toquen alarma; muera esta gente roín!
- ALONSO: Agora saco la espada para castigarte.
- CABALLERO 2: Huid.
- SANCHO: ¡Huid vosotros canalla! Payo seré de esas vidas.
- (Métenlos a cuchilladas SANCHO y TORIBIA.)
- CABALLERO 3: Esos caballos desata; ¡huyamos!
- ALONSO: ¿Qué es esto? ¿Ahora una espada os acobarda?
- CABALLERO 1: ¡Pica!
- CABALLERO 2: ¡Corre!
- CABALLERO 3: ¡Vuelta!
- ALONSO: ¡Cielos!, si no vengo injurias tantas, ¿para qué quiero la vida?
- (Vanse.)

Escena III

SANCHO y TORIBIA

- SANCHO: Al viento ligero igualan; mas ¿por qué culpo la suya si tu ligereza es tanta que, atropellando respetos de tu sangre y de tu casa, como una infame ramera te sales della y te apartas de tu padre y de tu hermano, desluciendo con infamia nuestro honor? Dime; ¿qué ha sido deste traje la mudanza, desta deshonra el origen, y desta humildad la causa? ¿Quién della ha sido ocasión?
- TORIBIA: El amor.
- (Hace una reverencia.)
- SANCHO: Aquesta daga te le sacaré del pecho, y pues mis ofensas callas, ella me abrirá otra vía que me la diga.
- TORIBIA: Si basta decirlo, yo lo diré.
- SANCHO: Dí, pues, acaba.
- TORIBIA: La causa es muy larga para ahora, El vestido de doña Ana. que por gozar la ocasión que ella venturosa alcanza, me le puse, que el amor del forastero que en casa estaba, después que vino ha metido tal cizaña, que él ha de ser mi marido cumpliéndome la palabra que me ha dado: aquesto es hecho, aunque le pese a la ingrata, que por él melancolisa tantos enredos trazara, o no seré yo Toribia.
- SANCHO: Calla, bestia, que es su hermana.
- TORIBIA: Mas ¿por Dios?
- SANCHO: Y aquesta noche, el viejo a quien encargada la dejó, se la ha robado.
- TORIBIA: ¿Qué me cuentas?
- SANCHO: Lo que pasa; a Oviedo partió tras ellos.
- TORIBIA: ¿Y qué? ¿Es de veras su hermana?
- SANCHO: Sin duda.
- TORIBIA: ¡Válgame el cielo! Parece que ahora el alma por el cuerpo se pasea.
- SANCHO: Aquesa yegua desata; vamos, porque he de ir tras él que también a mí me alcanza gran parte de sus desdichas, que a su hermana adoro.
- TORIBIA: Basta; que baselisco el amor corrompió toda la casa. Vamos, hermano, que yo te sigo a Oviedo, y las sayas renuncio y en otro traje si el mi querido se halla, pardiez, tengo de velle y en su defensa esta espada pasará a Oviedo a cuchillo.
- SANCHO: Vamos a casa, que en casa se dispondrá, y a mi padre daremos cuenta. ¡Ay doña Ana, que mereciese tu amor un hombre que con más causa tu padre pudiera ser que no tu amante!
- TORIBIA: Ya es falta propia en la hermosura siempre el mal gusto; pero calla, que por dicha podrá ser que sin pensarlo mos salga un padre que a tí te quiete como me quietó una hermana.
- (Vanse.)

Escena IV

Salen DON LUIS, con vara; DOÑA ANA, RODRIGO y acompañamiento.

- LUIS: Ha mostrado la ciudad su lealtad y su valor; débolas un gran amor.
- ANA: Es de mucha calidad lo noble della.
- LUIS: Pues no, las reliquias de los godos, de quien descendemos todos, de aquí su origen tomó. Para no estar prevenido, ha sido el recibimiento muy cumplido.
- RODRIGO: Estuve atento al aseo del vestido y del tocado de aquellas que delante iban bailando de tu persona, admirando algunas más que el sol bellas. ¡Extraño traje!
- LUIS: ¡Extremado! Es la nobleza de Oviedo esa que bailaba.
- ANA: Puedo decir que no me he alegrado tanto como hoy ningún día.
- RODRIGO: La Iglesia mayor es cosa excelente.
- LUIS: Milagrosa.
- ANA: Mientras que se proseguía el recibimiento, a mí las reliquias me enseñó el señor Obispo.

- RODRIGO: Y yo también, señora, las ví contigo y quedé admirado.
- LUIS: Es este antiguo sagrario un divino relicario de Europa, a quien han llamado Poma de España.
- ANA: Si aquí nuestro ausente se hallara, con más sosiego gozara de las grandezas que vi.
- LUIS: Dios lo dispondrá; no digas a nadie que hermano tienes, pues con eso previenes aumento a nuestras fatigas.

Escena V

Sale JUANCHO. Dichos

- JUANCHO: Juancho, si vienes cansado sabes lo Dios.
- ANA: ¿No es aquel Juancho?
- LUIS: Disimula,
- JUANCHO: Aquí estáis a quien busco yo, haya mal quien me parió si no fue clérigo, si no vinieras Juancho ahora, solo de Bilbao pruebas, y al viejo verde te llevas antes que pasa una hora, a que gobiernes infierno.
- LUIS: ¿Queréis algo?
- JUANCHO: Para vos traigo este. (¡Juras a Dios que te despacho el gobierno!)
(Dale un papel y empuña la espada.)
- ANA: ¡Juancho, mira!
- JUANCHO: ¡Fuego, fuego en vosotros!, ¿qué me quieres? Llevar el diablo mujeres; la mejor quemarla luego.
- ANA: ¿Dónde está mi hermano?
- JUANCHO: Ha ido a cazar grullas.
- ANA: Di adónde.
- JUANCHO: Juancho en su vida responde a mujer.
- ANA: ¿Tienes sentido?
- JUANCHO: A fe que estoy sospechando después que os fuisteis los dos no digáis, ¡juras a Dios! Ahora, "Habladme en entrando".
- ANA: ¡Bárbaro!, ¿qué dices?
- LUIS: ¡Cielos! Esto escribe y dice así. ¡Ay hijo amado, ay de mí quién quietara tus desvelos!
- "Ni seas caballero ni puede ser que seáis bien nacido, porque no responde a las obligaciones de serlo, niega lo uno, desluciendo lo otro. Fieme en vos; no acudistes a vuestras obligaciones, cosa que no hicierais en tener buena sangre, Débeos de animar el verme perseguido; pero para que os desengañéis de que en cualquier estado tengo el valor que heredé de don Luis Hurtado de Mendoza, mi ilustre padre, os quedo esperando junto a la Cruz del Bierzo, donde os guiará ese criado. Solo estoy y mis armas son una espada y daga; si os pareciesen pocas, traed las que quisiéredes, y si no os atrevéis solo, venga quien os acompañe, que siendo como vos, tanto monta. -Don Diego Hurtado de Mendozaa.."
- ¡Bien haya quien te parió! Si mi valor heredaste, Diego, ahora lo mostraste. ¡Qué resuelto que escribió! Es valiente. Dios le guarde. ¿Vos me habéis de guiar?
- JUANCHO: Si.
- LUIS: Pues alto, vamos de aquí, que no quiero que me aguarde.
- ANA: ¿Adónde vas?
- LUIS: Aquí voy.
- JUANCHO: ¡Juras a Dios, vizcaino! Solo vas. viejo, al camino. muchos palos que le doy.

(Vanse DON LUIS y JUANCHO)

Escena VI

DOÑA ANA y RODRIGO.

- ANA: Rodrigo; temblando quedo; ve tras ellos.
- RODRIGO: Si, haré y más gente llevaré.
- ANA: Que no aguarde tengo miedo mi hermano, que es arrojado, y sin advertir razones, en viéndole, ejecuciones dará a un caso desdichado que Juancho me dijo agora que a mi padre está esperando en el campo; estoy temblando.
- RODRIGO: Perdé el recelo, señora, que prevenido estaré para lo que sucediere, y la gente que trujere retirada dejaré para que, sin embarazos, se desengañen los dos.
- ANA: Padre, hermano, tráigaos Dios a mis ojos y a mis brazos.

(Vanse.)

Escena VIII

Sale DON DIEGO, solo.

- DIEGO: Basta, cansada memoria, que dais en atormentarme; cuando afligido juzgaba que si la vida faltaba honor tenía. Memoria, si la perdía más vitorioso quedaba pues ahora que el honor, que fue la prenda mejor que he tenido, me la arrebató atrevido de la fortuna el rigor. memoria, si bien se advierte, acordando el trance fuerte, ¡qué pesar!, ¡sois la piedra de amolar del cuchillo de la muerte! ¡Que una mujer que entendía que en poco el mundo tenía, ¡que crueldad!, intentase sin piedad tan notable alevosía! que la palabra me diese y la quebrase! ¡Que afligido me dejase y que con mi honor se fuese!

Escena VIII

Salen DON LUIS y JUANCHO. Dichos.

- DIEGO: Espera junto al caballo por si fuese menester.
- JUANCHO: Señor, el que está agraviado no tiene que hacer más que en llegando metes mano, y de primer antubión el diablo llevas contrario que satisfacción si esperas no vales higo.

(Vase.)

Escena IX

Dichos, menos JUANCHO.

- LUIS: Aguardando me está ya. Guárdeos el cielo.
- DIEGO: Hasta que pueda mataros solamente lo deseo. vil caballero, que cuando de vos me fío, mi afrenta ejecutáis.
- LUIS: Reportaos y escuchadme.
- DIEGO: ¡Qué diréis! ¿Qué por remediar el daño mayor, piadoso trujisteis esa mujer, que me ha dado para mi deshonra el cielo, para mi aflicción los hados? ¿Acaso, preguntóos yo, sois mi tutor?
- LUIS: El muchacho está resuelto; ya es tiempo preciso de declararnos. Diego, veinte años ahora....
- DIEGO: ¿Qué tienen que ver veinte años con mi agravio? ¡Vive el cielo que debéis de haber pensado que soy loco! ¡Alto, sacad la espada!
- LUIS: Terrible caso será que no me escuchéis.
- DIEGO: Más terrible fue llevaros a mi hermana, Acabad luego, ¿que os detenéis? Meted mano.
- LUIS: Digo que veinte años ha que por aquel desastrado caso.
- DIEGO: ¿Qué gastáis arengas? Yo no tengo de escucharos.
- LUIS: ¡Vive Dios, que habéis de hacerlo!
- DIEGO: ¡Vive Dios, que he de mataros si la espada no sacáis!

(Sácala DON DIEGO.)

- LUIS: ¡Viose caso más extraño? El muchacho está perdido. ¡Alto!, vamos abreviando. ¡Hijo de mis ojos! Yo...

DIEGO: ¿Ya os acogéis al sagrado de la humildad? Pues conmigo no ha de valeros.

(Aparte.)

Si aguardo, más razones, este viejo me ha de aplacar, y mi agravio pierde la satisfacción. Pues no queréis meter mano, a ver si ahora lo hacéis.

(Tírale, y mete DON LUIS mano.)

LUIS: ¿Qué es esto, cielos sagrados? ¡Amado hijo, yo soy...!

DIEGO: Un caballero villano que cuando del me fie mi deshonra ha intentado.

EScena X

Dice RODRIGO dentro, y luego, slae con todos los que pudiesen y embisten a DON DIEGO. Dichos.

RODRIGO: Caminad presto, que ya los aceros han sacado.

(Dentro.)

¡Favor aquí a la justicia!

DIEGO: Con celada y con engaño saliste, ¡no importa!

CABALLERO 2: ¡Muera!

LUIS: Ya no he de poder librarlo, que si declaro quién soy, no será posible caso valerle; quiero callar. ¡Hola, prendedlo o matadlo!

CABALLERO 3: ¡Muera!

CABALLERO 4: ¡Muera o dése preso!

DIEGO: Ha de ser hecho pedazos.

(Métenlo a cuchilladas.)

LUIS: Rodrigo, Rodrigo, mira no me lo hieran, cercadlo; bien se resiste, ¡ay de mí! Mucho le van acosando, parece que le han herido. ¡Teneos!

(Salen sobre él y él herido, cae a los pies del padre y quita las armas.)

DIEGO: ¡Cielos, airados, que me persiguís!, ¿qué es esto? A los pies de mi contrario vine a caer.

LUIS: ¡Deteneos, insolente temerario! ¡Vive Dios, que habéis de ver en un alto cadahalso vuestra cabeza! ¡Ay de mí! ¡Rodrigo, mira si es algo!

RODRIGO: En la cabeza es la herida.

LUIS: ¡Mal hayan amén las manos que se la dieron! ¿Qué es esto? ¿Estás herido? Legadlo acá.

DIEGO: ¡Airada fortuna! Es este el último estado en que pudiste ponerme.

LUIS: No es nada; bien empleado fuera el haberos abierto la cabeza y aun mataros. No lo quiera Dios.

(A RODRIGO.)

Tomad ese lienzo y apretadlo en aquella herida.

DIEGO: ¡Ah, pesía!

LUIS: A ver si está bien atado: ¡llegad acá, no está bueno.

Escena XI

Salen TORIBIA y LUCIA, de hombres, vestidas a lo sayagues; SANCHO y MENDO, y JUANCHO por otra puerta.

JUANCHO: Juras a Dios que anda el diablo suelto, cazolada tienes de gente el viejo bellajo escondida.

TORIBIA: Anda, Lucia.

LUCIA: Pardiez que son guenos ajos estos.

SANCHO: ¿Qué gente es aquesta?

MENDO: Justicia pienso.

- SANCHO: O me engaño. o es Diego Hurtado el que llevan entre aquellos agarrado. Padre: ¿qué habremos de hacer?
- MENDO: Eso pudieras mirarlo antes de salir de casa; pero después de hecho el daño, llegar, librarle o morir, ya que estamos empeñados.
- SANCHO: ¡Alto, pues! ¡Hola!, ¿a quién digo?
- MENDO: ¡Ah mochachos! Retiraos a questa parte.
- LUCIA: ¡Oh, qué bueno! No queremos retirarnos.
- TORIBIA: ¿Reti..., qué?, aguardad un poco, ¡Hola, fariseos!, dadmos el preso.
- LUCIA: Dadmos el preso.
- LUIS: ¡Vive Dios, que los villanos del lugar quieren librarle! Quizá del cielo guiados vengán muy en hora buena. ¿Qué es lo que emprendéis, serranos? ¿No miráis que estoy aquí?
- SANCHO: Por aqueso mismo caso lo intentamos.
- LUIS: ¿Qué es aquesto? ¿Sois locos?
- MENDO: Locos o sabios esto ha de ser o sobre ello...
- TORIBIA: Suelten all hombre.
- LUIS: Tal caso no he visto.
- TORIBIA: Suelten all hombre.
- LUIS: ¡Ah villanos, reportaos! Mirad que el gobernador de Oviedo os esta hablando.
- TORIBIA: ¡Mentís, que no es caballero quien intenta hacer agravios!
- LUIS: ¿Yo, agravios?
- LUCIA: Lo dicho, dicho.
- TORIBIA: Claro está, que heis de negarlo porque sois un... Em defeto suelten all hombre.
- LUIS: En llegando a las manos, tú, Rodrigo, le suelta, que por milagro a medida del deseo, Dios trujo esta gente.
- JUANCHO: Juancho, buen paliza se te aliña.
- DIEGO: Si me libro de las manos del enemigo por ti, ¡oh pastora!, que aunque extraño el traje de hombre conozco tu valor, por los sagrados cielos, que te he de pagar mi libertad, obligando mi palabra al beneficio.
- LUIS: ¡Vil canalla! ¡Ya me canso de sufrir!, ¡hola, prendedles!, si se resistenm matadlos.
- (Embisten con ellos, y en la refriega suelta RODRIGO a DON DIEGO: y TORIBIA le da su espada y descíñese la honda.)
- SANCHO: ¡Padre, a ellos!
- MENDO: ¡Hijo a ellos!
- JUANCHO: ¡A ellos tú también, Juancho!
- TORIBIA: Por ese lado, Locía, valiente, ve espechonando.
- LUCIA: Ya te sigo.
- CABALLERO 1: ¡Mueran!
- CABALLERO 2: ¡Mueran!

(Métenlos los Villanos a cuchilladas. Salen por otra puerta RODRIGO, asido de DON DIEGO y DON LUIS.)

Escena XII

Sale DON LUIS. Dichos.

- LUIS: Rodrigo: haz lo que diré...
- RODRIGO: Libraos, Diego Hurtado de Mendoza: idos, ya estáis desatado.
- DIEGO: Yo pagaré este servicio.
- LUIS: Tenedle, que se ha soltado.
- DIEGO: ¿Qué me persigues?, ¿qué quieres?

LUIS: Dios te libre.
(Vanse RODRIGO y DON LUIS.)

Escena XIII

Sale TORIBIA; DON DIEGO.

TORIBIA: Diego Hurtado.

DIEGO: Toribia.

TORIBIA: Pues ya estás suelto, toma esta espada en la mano, librate, no tengas pena, que yo seguiré tus pasos en sabiendo dónde vas.

DIEGO: ¿Cómo he de poder pagaros, Toribia, con una vida, tantas como me habéis dado?

TORIBIA: No es tiempo de tarabillas; huid.

DIEGO: Obedezco y parto.

(Vase.)

Escena XIV

Salen SANCHO y MENDO, acuchillándose, por una parte, y por otra, LUCIZ, TORIBIA y JUANCHO.

TORIBIA: Mueran, o dense a prisión.

SANCHO: Antes muerto que entregado.

Escena XV

Salen DON LUIS y RODRIGO.

LUIS: ¡Teneos, teneos! ¿qué es aquesto? Después que habéis alcanzado el intento a que venisteis ¿por qué queréis, temerarios, abalanzar vuestras vidas cuando miráis alterado a Oviedo y que es imposible con las vidas escaparos? Daos y creedme, que os juro si por la fe de soldado y por la de caballero. por el hábito que traigo y por la vida del rey (que guarde Dios muchos años). que si os entregáis ahora debajo de la que he dado, que no recibáis ofensa, antes protesto ayudaros, pues sabéis que debo hacerlo por tenerlo granjeado con las pasadas caricias, con vuestro noble agasajo.

JUANCHO: No le creas, no le creas, con esto quiere pescamos, y luego estirar la nuez y allá vas con el diablo.

MENDO: ¿Qué haremos, hijo?

SANCHO: Señor, si es imposible el librarnos, damos con este seguro.

MENDO: Sea así.

LUCIA: Ante todos casos, señor, ¿soltaron all hombre?

TORIBIA: Si, bestia, ya le soltaron.

LUCIA: Pues ahora, aunque me ahorquen, no importa, ca qui está Juancho.

JUANCHO: Más valiera no estuvieras.

RODRIGO: La gente se va acercando.

LUIS: ¿Qué resolución tomáis?

MENDO: De que debajo tu amparo nos entregamos, y advierte que el que es noble está obligado a libertar a su amigo de semejantes trabajos.

LUIS: Eso es cierto; vamos, pues, entregad las armas.

(Entrénganlas todos.)

SANCHO: Vamos, ¡Ay doña Ana, si pudiese, ya que en tus soles me abraso, merecer un rayo dellos!

JUANCHO: Allá le llevas a Juancho, plegad a Dios que verdugo no le des carta de pago.

TORIBIA: Loca voy con que mi Diego. Locía, se haya librado.

LUCIA: Yo con ver que en la prisión tendré, Toribia, a mi Juancho.

(Vanse.)

Escena XVI

Sale DON DIEGO, solo, por lo alto del monte.

DIEGO: Asperos y intrincados laberintos, claro y undoso río a quien paga el rocío en tributos distintos obediente al que debe cobrando el que la nieve desos montes destila cuando el invierno afila sus frígidos bostezos, porque con esperezos el sol mal abrigado sale a invadir de luz el verde prado, y la escarcha en sus faldas perlas le ofrece en ramos de esmeraldas; si lastináis mi suerte piedades lograréis dándeme muerte. Algo cansado y afligido llegó, fuente, a vuestra corriente, en vos, sed ardiente ritigaré que llevo; bulliciosa os contemplo de mi inquietud ejemplo, sed piadosa conmigo. ¿Qué es esto? A mi enemigo en aquel risco veo, ¡ah infeliz deseo! El agua me persigue porque mi sed en ella aun no mitigue. Caballero, que esos montes quizá pisáis por mi causa para añadirme desdichas, como si a mí me faltaran, bajad, descendad al llano, que en él un hombre os aguarda que, como nunca ha vivido, no sabe cómo se llama, solo sabe que la muerte bien alegre en sus desgracias, ya como cosa perdida ni le deja ni le mata. Si acaso me conocéis, ¿cómo no movéis las plantas? Bajad, matadme, con eso tendré vida y vos venganza.

Escena XVII

Sale DON ALONSO, DON DIEGO.

ALONSO: Caballero, a quien conozco para mi daño; dudaba hasta ahora que mi suerte en mi bien se conformara, cierto della, aunque avarientas me niegan paso estas raras, menospreciando su altura esculpiré mis estampas

(Arrojase abajo.)

en la arena de ese valle, y ya que iguales nos halla la suerte, pues en la mía también es fortuna avara, conformes en el cansancio, iguales con las desgracias, por lo menos no diréis que os he muerto con ventaja.

DIEGO: La soledad deste sitio es tan grande, que no halla que hayan violado sus hierbas hasta ahora humanas plantas. Siendo nobles, es forzoso que quede en esta batalla el uno de los dos muerto, si no es que la suerte iguala los sucesos, y es razón que aquí nos demos palabra de que el que vive quedara, que es una facción hidalga lleve al otro a que le den la sepultura sagrada, y hasta tanto no le deje, que será desdicha extraña que al difunto se la den una fiera en sus entrañas. Pena de mal caballero, si no lo cumpliere...

ALONSO: Es tanta razón, que juro cumplirlo, y porque también se haga lo que la nobleza dicta, si llegara vuestra espada antes a mi pecho, abriendo puerta por do salga el alma. yo os perdono desde aquí, y a la Aurora soberana, madre del Sol verdadero, que estrellas lucientes calza, pongo por testigo.

DIEGO: Y yo, y en fe dello ya os aguardan mis brazos.

(Abrázanse.)

ALONSO: Aquestos mios confirmarán mis palabras.

DIEGO: ¡Alto, pues, a questo hecho! Empiece nuestra batalla.

ALONSO: Ya os aguardo con la mía, meted mano a vuestra espada.

DIEGO: ¡Fuerte pulso!

ALONSO: ¡Gran presteza!

DIEGO: ¡Payo airado!

ALONSO: ¡Furia extraña! Mi desgracia estoy temiendo.

DIEGO: Gran desdicha me amenaza.

ALONSO: ¡Ah débil mano! ¿Qué es esto? ¿Agora pierdes las armas?

(Caésele la espada de la mano, va a cogerla y detiènele don diego y cógele la espada.)

DIEGO: Teneos, que ya esta ventura para mí estaba guardada.

ALONSO: Dadme la espada.

DIEGO: No quiero, porque es necedad extraña dar armas al enemigo con que logre su venganza.

ALONSO: Pues matadme, acabad presto...

DIEGO: ¿Confesáis, viéndoos sin arma, que tengo agora en mi mano vuestra vida, y que no hay cosa que me lo impida, pues es haber perdido la espada despojo del vencedor, si en vos ha sido desgracia?

ALONSO: Cuando yo quiera negarlo, vuestra dicha lo declara.

DIEGO: ¿Ya no estáis muerto?

ALONSO: Sí estoy, más que de temor, de rabia.

DIEGO: Si estáis muerto, perdonadme, como disteis la palabra, que el testigo que pusisteis, cuya pureza sin mancha ador, atento nos mira a quien no podéis negarla; y para que echéis de ver que no me incitan venganzas a que este perdón os pida, tomad, tomad vuestra espada, tomad la mía también.

(Dale las dos espadas.)

que aquí rendido os aguarda quien ya humilde no os resiste cuando soberbio os mataba.

(Incáse de rodillas y levántale con los brazos DON ALONSO.)

ALONSO: ¡Oh afrenta de los varones ilustres, a quien la fama eterniza! Aquesos brazos me da mil veces, que basta tu generosa hidalguía para que te perdonara no la muerte de mi primo de quien soy parte, mas cuantas injurias hacer pudieras a mi sangre y a mi casa, y si quieres que quedemos en facciones tan bizarras iguales, dame la muerte que pienso, con perdonarla siendo imposible hacer más, que no me llesves ventaja.

DIEGO: Correspondes a quien eres.

ALONSO: Vamos a Oviedo, que el alma acreditara con obras lo que ofrece con palabras; que en León no te está bien entrar hasta que, acabadas, estén estas diferencias, mientras el perdón se alcanza de su majestad.

DIEGO: Amigo, tu favor me es de importancia en Oviedo, que esta noche, si sus tinieblas me amparan, pienso, cortando dos cuellos, lavar de mi honor la mancha.

ALONSO: Dispón de mí, pues soy tuyo.

DIEGO: Vamos, pues, ¡Ay, falsa hermana!, ¡ay aleve amigo!, el cielo me deje tomar venganza.

(Vanse.)

Escena XVIII

Salen DON LUIS, TORIBIA, LUCIA, MENDO, SANCHO, DOÑA ANA, RODRIGO, JUANCHE y gente.

LUIS: Haced que se les aliñen camas en aquese cuarto, y con la guarda bastante, Rodrigo, y con el cuidado necesario, en su prisión los tened, que debo honrarlos por el buen alojamiento de su casa aunque han andado esta tarde inadvertidos.

RODRIGO: De hacerlo tendré cuidado.

ANA: ¡Ay señor!, ¿vienes herido?

LUIS: No, pero vengo cansado.

ANA: ¿Qué tal refriega tuviste, y adónde queda mi hermano?

LUIS: Pregúntalo a quien fue causa que él escapase a mis manos.

ANA: ¿Qué es esto?, ¿qué traje es este, Toribia, que habéis tomado?

TORIBIA: Acá es un ciento de nueces; dejadme; ios con el diablo, que vueas habilidades nos tienen en este estado. ¿Por qué os huiste, golos-mera, y dejasteis vuestro hermano?

ANA: ¡Vaya con Dios, qué os parece cuál me ponen los villanos!

MENDO: No son villanos, señora, los que estáis vituperando; tan buenos son como vos, que los Díaz asturianos no deben nada en Oviedo a los más nobles hidalgos.

LUIS: Teniendo aquese apellido noble, yo no he de faltaros. Escuchadme aparte.

(Hablan MEMDO y DON LUIS aparte.)

ANA: ¡Ay cielos! ¿De qué estás tan triste, Sancho! Muy agradecida estoy que por librar a mi hermano te pongas en tal peligro.

SANCHO: A no haber visto tan claro que merece vuestro amor quien hoy os está gozando y quien de mi casa os trujo, fuera poco por libraros volver a Oviedo en ceniza, débil Troya de mis brazos, y le hiciera por mi amigo, ¡viven los cielos sagrados! matando a quien le ha ofendido si no fuera...

ANA: Sancho, Sancho, reportaos, quizá algún día. cuando estési desengañado, yo podré corresponderos y vos podréis sosegaros.

LUCIA: Juancho, cansada me siento y aquesto va muy de espacio; ¿quieres que aquí nos echemos?

JUANCHO: ¡Dónde!

LUCIA: En el suelo.

JUANCHO: Estar blando mucho para mis costillas.

TORIBIA: Quien tuviera entre los brazos a Diego. ¡Ay ausente mío!

LUCIA: Gusto me ha dado escucharos y conoceros.

Escena XIX

Salen DON DIEGO y DON ALONSO y cogen la llave.

DIEGO: A tiempo me parece que llegamos., Cerrad presto.

ALONSO: Ya está hecho; la llave se quedó acaso en aquesta cerradura.

(Dale una llave.)

DIEGO: Echad la loba; arrímaos. don Alonso, en esa puerta, que acá estamos todos.

LUIS: ¡Cielos! ¿No es este Diego?

RODRIGO: Soñando estoy, ¿Y también no adviertes que le viene acompañando don Alonso, su enemigo?

ANA: Alguna desdicha aguardo.

TORIBIA: ¡Ay Diego del alma mía!

JUANCHO: Juras a Dios que es mí amo.

DIEGO: No quiero gastar el tiempo en quejas de vuestro trato, que esas las publica el mundo y por aqueso las callo. Tampoco quiero quejarme de aquea mujer que al lado tenéis, que al fin es mujer, y la más fuerte, de barrio; la pendencia de esta tarde tampoco quiero acordaros, que aquea yo os la perdono, pues por ella he gu granjeado a don Alonso de Bustos por mi amigo y por mi hermano; al fin, yo no vengo a quejas, solo vengo a que la mano deis luego a aquea señora, ¿Qué miráis? ¿Qué estáis dudando? ¿Podéis vos ser mejor que ella? No. ¡voto a Dios!.. esto es llano; vuestra mujer ha de ser; aquí estamos encerrados; esta es la llave, acabemos, o os haré tantos pedazos que en el aire..

LUIS: Caballero, escuchadme y reportaos. En cuanto a ser su marido eso no puedo negarlo que conque un impedimento allanéis fácil, el llano que me casaré con ella. En cuanto haberos quejado de que a vuestra hermana truje, responde, señor, que es tanto lo que la quiero, que en punto fuera imposible apartarnos sin que muriera, y ansí el amor en este lazo me disculpa, y pues que estoy a cuanto me pedís llano. contadme vuestro suceso con don Alonso.

ALONSO: No es caso que admite corto progreso; solo sabéis que obligado del valor, de la hidalguía, digna de esculpirse en marmol. de don Diego, a quien le debo la vida, le he perdonado la muerte, pues que soy parte, por ser deudo el más cercano de mi primo, y autorizo esta amistad con mis brazos.

- DIEGO: Ya que habíes sabido aquesto, qué se ha de allanar sepamos; porque en habiendo imposibles los allane con mataros.
- SANCHO: ¡Santos cielos, esto es hecho! En brasas estoy temblando.
- LUIS: En fin, ¿no puede ser menos sino que hemos de casarnos?
- DIEGO: O morir en la demanda.
- LUIS: Pues alto, traigan despachos de Roma.
- DIEGO: Pues ¿para qué?
- LUIS: Para que se case, es claro, una hija con su padre. Dadme esos brazos, amado hijo, que tu padre soy.
- DIEGO: ¿Mi padre?
- TORIBIA: "Hábrame en entrando."
- LUIS: ¡Ay, hijo!, ¡ay prenda querida!
- (A ALONSO.)
- Dadme vos también los brazos.
- ALONSO: Seré desde hoy vuestro hijo.
- DIEGO: ¿Es posible, padre amado, que llegue a ver este día?
- LUIS: Dale tú la mano a Sancho. Ana, que estoy satisfecho, de que es por linaje hidalgo.
- ANA: Con mucho gusto la doy.
- SANCHO: Yo estoy loco en bienes tantos.
- DIEGO: Siendo así, Toribia mía, según me siento obligado no hago nada aunque entrego el alma con esta mano.
- TORIBIA: Honor de los zaraguelles, aceto.
- LUCIA: Querido Juancho, ¿quieres ser mi matrimonio?
- JUANCHO: Pues que tocas a rebato, Juancho, ¿qué puedes hacer? ¡Juras a Dios que me caso!
- DIEGO: Don Alonso, a mi prima, que es un ángel soberano, te ofrezco.
- ALONSO: Su cielo adoro, y ansí quedo bien premiado.
- LUIS: Por el perdón partan luego de su majestad, y en tanto te doy la ciudad por cárcel.
- MENDO: Gocéisos muy largos años.
- RODRIGO: Ya es hora que descanséis.
- TORIBIA: Y si acaso os ha agradado esta comedia, os suplico que premiéis nuestro trabajo y deseos, con cecirnos ¡vitor!, Habladme en entrnado.

FIN DE

"HABLADME EN ENTRANDO"

- DIEGO: Ya que habíes sabido aquesto, qué se ha de allanar sepamos; porque en habiendo imposibles los allane con mataros.
- SANCHO: ¡Santos cielos, esto es hecho! En brasas estoy temblando.
- LUIS: En fin, ¿no puede ser menos sino que hemos de casarnos?
- DIEGO: O morir en la demanda.
- LUIS: Pues alto, traigan despachos de Roma.
- DIEGO: Pues ¿para qué?
- LUIS: Para que se case, es claro, una hija con su padre. Dadme esos brazos, amado hijo, que tu padre soy.
- DIEGO: ¿Mi padre?
- TORIBIA: "Hábrame en entrando."
- LUIS: ¡Ay, hijo!, ¡ay prenda querida!
- (A ALONSO.)
- Dadme vos también los brazos.
- ALONSO: Seré desde hoy vuestro hijo.
- DIEGO: ¿Es posible, padre amado, que llegue a ver este día?
- LUIS: Dale tú la mano a Sancho. Ana, que estoy satisfecho, de que es por linaje hidalgo.
- ANA: Con mucho gusto la doy.
- SANCHO: Yo estoy loco en bienes tantos.
- DIEGO: Siendo así, Toribia mía, según me siento obligado no hago nada aunque entrego el alma con esta mano.
- TORIBIA: Honor de los zaraguelles, aceto.
- LUCIA: Querido Juancho, ¿quieres ser mi matrimonio?
- JUANCHO: Pues que tocas a rebato, Juancho, ¿qué puedes hacer? ¡Juras a Dios que me caso!
- DIEGO: Don Alonso, a mi prima, que es un ángel soberano, te ofrezco.
- ALONSO: Su cielo adoro, y ansí quedo bien premiado.
- LUIS: Por el perdón partan luego de su majestad, y en tanto te doy la ciudad por cárcel.
- MENDO: Gocéisos muy largos años.
- RODRIGO: Ya es hora que descanséis.
- TORIBIA: Y si acaso os ha agradado esta comedia, os suplico que premiéis nuestro trabajo y deseos, con cecirnos ¡vítor!, Habladme en entrnado.

FIN DE

"HABLADME EN ENTRANDO"

Departamento de Drama
Universidad de Puerto Rico
16 de noviembre de 1983

brr

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR/
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS